

las cosas, las ruinas se acumulan sobre las ruinas; la escena del espíritu está vacía, y la decrepitud es el carácter de las escasas obras que vió nacer esta época. *Mundus senescit* ¹, murmura el último cronista del siglo VII, quien constituye a su vez una prueba sorprendente de la decrepitud intelectual de sus contemporáneos, ya que habla de Virgilio como de un historiador de los francos. La barbarie de las actas públicas acongoja el corazón; no hay nada en ellas, ni sintaxis, ni léxico, ni ortografía, y la decadencia se manifiesta hasta en los garabatos de la escritura indescifrable de los copistas de entonces. Diríase que el caos va a reaparecer en los espíritus al mismo tiempo que en la sociedad.

En presencia de tantas miserias, ¿hay que admirarse de que a veces hasta los ánimos más intrépidos hayan decaído y de que las inteligencias más firmes hayan empezado a dudar del porvenir? En medio de la oscuridad crepuscular que reinaba por doquier, en aquellas tinieblas de donde se oía salir gemidos, frente a aquellos troncos que se hundían en todas partes y a aquellos pueblos abandonados que andaban errantes entre ruinas, ¿cómo era posible desechar la idea de que el género humano había acabado su carrera y de que el mundo tocaba a su fin? ² Esta punzante preocupación aparece muchas veces bajo la pluma de aquel gran hombre que vemos de pie en el umbral de la nueva sociedad y que abre sus puertas de par en par a los pueblos bárbaros. Es que, semejante al Jano clásico, tenía la cara vuelta a la vez al pasado y al porvenir, y si en las convulsiones de que era testigo sentía los estremecimientos misteriosos de una vida naciente, veía también el espectáculo de todo un mundo que se desmoronaba, y el alma de aquel romano temblaba ante el pensamiento del abismo que se iba a abrir.

¹ *Chron. Fredegar.*, pról.: cfr. *Vita S. Leodegar.* (autor anón.), c. 4.

² GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, prin-

cipio; *Chron. Fredegar.*, al fin; MARCULF, *Formul.*, II, 3 y TURON., I (Zeu-mer).

CAPÍTULO X

ACCIÓN DE LA IGLESIA

EN MEDIO del desorden espantoso cuyo cuadro acabamos de bosquejar, ¿qué era de la Iglesia católica, depositaria del principio civilizador? A primera vista podría parecer que estaba destinada a perecer en el cataclismo; desarmada, en medio de una sociedad que no respetaba más que la fuerza, intentando imponer a hombres violentos y groseros una ley que sublevaba su orgullo y su sensualidad, y ofreciendo en sus concupiscencias las inmensas riquezas que componían ya su patrimonio, ¿podía esperar sobrevivir a los múltiples asaltos que iban a darle todas las pasiones a la vez? Aun suponiendo que inspirase a los bárbaros bastante respeto para no ser atacada, ¿tenía, fuera de su fe en su misión divina, algún motivo razonable para creer que llegaría a dominarlos hasta el punto de obligarles a renunciar a sí mismos? ¿No era muy de temer que en aquella lucha contra la naturaleza humana acabase por contraer ella misma las enfermedades que intentaba curar, terminando por caer a su vez en la barbarie?

Si de estas alternativas la última era inadmisibles para la fe de un cristiano, también la otra debía parecer una quimera irrealizable. Los gritos de dolor proferidos por los contemporáneos y las sombrías previsiones que llenan sus pensamientos atestiguan cuán poco creían en ella; pero, también esta vez, los acontecimientos debían dar la razón a quienes esperaban contra toda esperanza, pues la faz del mundo iba a cambiar por una serie de nuevos prodigios. Es tarea de la historia de la civilización el intentar dar cuenta de ellos y explicarlos, aun cuando deba renunciar a trazar el cuadro de los mismos en su vastísima y majestuosa grandeza.

Hay que ver en primer lugar cómo se libró la Iglesia de verse invadida y sumergida por la barbarie. En la admirable economía de su constitución encontraba recursos suficientes que le permitían resistir con éxito; su jerarquía era impenetrable gracias a dos circunstancias cuyo carácter providencial había de acentuarse cada vez más en el transcurso de los siglos. La primera era el celibato, im-

puesto como ley sacrosanta a todos los miembros del sacerdocio. Ninguna barrera más infranqueable que ésta para el bárbaro; ella alejaba de las filas del clero todo lo que estaba encadenado con los lazos de la vida sensual, y la milicia virginal de Cristo no se reclinaba más que entre los cristianos auténticos. Para atreverse a contraer los temibles deberes del sacerdocio se necesitaba un alma en que no hirviese el ardor de una naturaleza indómita, y los bárbaros se detenían temblorosos ante la obligación de la castidad perpetua; ellos, que soportaban con dificultad el yugo ligero del precepto, ¿cómo habían de aceptar las austeras palabras del consejo? No entraron, pues, sino en número muy corto, durante las primeras generaciones, en el orden sacerdotal, y el día en que, más audaces, pero no más dignos, lo invadieron en oleadas numerosas, la Iglesia tenía ya, como veremos más adelante, los medios para conjurar el desastre que le ocasionaba su invasión.

Otra garantía para ella era la situación, tan especialmente favorable, de su jefe. Había llegado a ser éste, con ayuda de las circunstancias, una autoridad internacional que se hacía obedecer por todas partes y que no dependía de nadie. Roma era el asilo inviolable de la independencia de los Soberanos Pontífices y, por decirlo así, el santuario de la libertad de la Iglesia. El furor de los bárbaros venía a morir impotente al pie de la roca de Pedro, convertida como en observatorio desde lo alto del cual el Papa velaba por la seguridad de la sociedad cristiana y por la integridad de sus leyes; desde allí podía hablar cara a cara con los reyes sin tener que temer su venganza, pues no era súbdito suyo, sino soberano como ellos, o andaba muy cerca de serlo. Su trono era el único que se levantaba por encima de todos los otros, el único que no estaba a merced de conspiraciones y rebeliones. De pie entre los sepulcros de los príncipes de los apóstoles y entre las ruinas de aquella ciudad sagrada cuyo prestigio secular realzaba él, el Papa garantizaba con su propia libertad la libertad de toda la Iglesia.

Todo el Occidente reconocía su autoridad espiritual, le nombraba en las oraciones litúrgicas y le veneraba como vicario de Jesucristo; sus palabras eran las más sagradas que podían salir de boca humana. Las Iglesias anglosajonas, que le debían hasta la existencia, le tenían veneración y afecto filial; les enviaba él monjes que llegaban a ser sus obispos, y ellas le presentaban reyes que él convertía en monjes. Las diócesis de los francos se gloriaban de ligar su origen a la cátedra apostólica por lazos de filiación, reales en unos casos y supuestos en otros. Tal primacía no era, por otra parte, un privi-

legio simplemente honorífico; se apelaba al Papa cuando se originaba alguna violación de los cánones o algún atentado a la libertad o a los derechos de la sociedad religiosa; intervenía él mismo espontáneamente, y con autoridad indiscutida, en la vida interior de la Iglesia franca; tenía allí su vicario, el arzobispo de Arlés, que era por tal circunstancia el primado de toda la Galia y que le enviaba los negocios importantes, decidiendo los otros en su nombre; confirmaba las resoluciones de los concilios provinciales, invalidaba las que estaban afectadas de ilegalidad, confería privilegios a obispos y monasterios y velaba para que la disciplina de la Iglesia se observase en todas partes.

Las intrusiones de los reyes en las cuestiones religiosas hacían a menudo bien difíciles estas tareas; sin embargo, el Papa no aceptaba tales intrusiones sin presentar enérgicas protestas, condenando los abusos y exhortando a los soberanos a que pusiesen término a ellos. Es verdad que no siempre lograba hacer respetar el derecho, pero por lo menos impedía que se estableciese la prescripción a favor de la injusticia. Fortalecidas e ilustradas por el ejemplo del pastor supremo, las Iglesias bárbaras conservaban en los momentos más tristes el culto de los principios violados, con la esperanza de hacerlos triunfar en días mejores.

Lo que muestra que esta esperanza no era vana, ni estos esfuerzos infructuosos, es la notable continuidad de las instituciones eclesiásticas. En medio de la anarquía de esa época se mantienen como eran durante la paz romana; como entonces, la Iglesia universal dividía su vasto dominio en provincias, cada una de las cuales tenía a su cabeza un metropolitano, y estaban subdivididas a su vez en tantas diócesis como ciudades abarcaban. El metropolitano era el lazo vivo entre los obispos y el Pontificado; sin él hubieran vivido en una diseminación llena de peligros, que los hubiera expuesto sin defensa a las usurpaciones de reyes y de grandes; pero el metropolitano, reuniéndolos a intervalos periódicos en concilios que él presidía, reavivaba en ellos el sentimiento de su solidaridad fraternal y les daba conciencia de su dignidad y de su fuerza.

Los concilios provinciales fueron para la Iglesia del siglo vi la forma más eficaz de su actividad y la prueba más gloriosa de sus recursos vitales. No descuidaban nada de lo que debía tender al bien espiritual de las gentes; reprimían los abusos, regulaban de la manera más minuciosa la vida del clero, desarraigaban lo que quedaba de paganismo en la vida, en las creencias y en las costumbres, elaboraban la liturgia, velaban, en una palabra, para que la socie-

dad cristiana se mantuviese y se desarrollase conforme a las tradiciones y a las instituciones apostólicas. A veces hacían llegar directamente su palabra a los fieles en una especie de pastorales colectivas, en las que de manera especial les recordaban los puntos más importantes de la doctrina católica y les inculcaban sus obligaciones más esenciales¹.

En aquellas asambleas solemnes, los obispos se penetraban de la grandeza de su responsabilidad y de la gravedad de sus deberes. De vuelta a su diócesis, hasta los más indiferentes llevaban a ella algo del espíritu del concilio, y su administración revelaba su influencia aun sin darse cuenta de ello. Asombra a menudo el ver a obispos negligentes o indignos firmando decretos en los que proscriben los abusos que practicaban, y nada prueba mejor el carácter eminentemente civilizador de los concilios. Aislados, hay obispos que hacen traición a sus deberes; reunidos, lo proclaman y hasta se condenan ellos mismos, si es necesario. Así se cumplía la promesa evangélica de que Jerusalén estaría presente allí donde los suyos se reuniesen en su nombre.

En su diócesis ejercía el obispo una autoridad considerable; era el centro de la vida religiosa y la fuente de toda jurisdicción; su clero, formado por él y recibiendo de él su misión y sus derechos, le estaba sometido como un hijo a su padre. Aquel clero se multiplicaba todos los días, pues las cristiandades rurales empezaban a formarse y surgían numerosos oratorios en el campo, en las tierras de los grandes señores. Había que proveer a las necesidades religiosas de las poblaciones esparcidas por aquellos dominios apartados y organizar una administración regular de las nacientes parroquias; era un problema muy complejo y que exigía tanta habilidad como celo. El sacerdote enviado por su obispo a vivir entre los campesinos tenía generalmente una demarcación inmensa que comprendía muchos lugares separados entre sí por distancias considerables, por bosques y hondonadas, a través de los cuales no existían más que caminos intransitables; recorría a caballo aquellas vastas extensiones², mucho más como misionero que como cura, y llevaba una existencia de privaciones y de peligros.

En la soledad y el aislamiento, que eran su destino, ¿no era de temer que este agente de la civilización, en vez de arrancar de la barbarie las tendencias naturales de los campesinos, acabase él mismo por hundirse en ella? Los concilios habían previsto el peligro

¹ Conc. II, Tur. (a. 567).

² *Vita S. Trud.*, c. 17 (Mabillon);

BEDA, *Hist. eccl. Angl.*, III, 28 y IV, 3

y 27.

y habían adoptado las medidas necesarias para conjurarlo; todas las prescripciones disciplinarias de las edades precedentes acerca de la vida del clero fueron conservadas y aun reforzadas; el sacerdote debía presentar garantías de edad, de saber, de inteligencia, de independencia social, y aun de salud y de aspecto, que le asegurasen el respeto de las poblaciones. Los concilios cerraron la puerta del sacerdote a las personas del otro sexo, para proteger su reputación tanto como su virtud¹; le prohibieron toda especie de lujo mundano y de placeres profanos, tales como banquetes ruidosos, juegos públicos, partidas de caza, viajes de recreo, conversaciones burlescas y libres, trato de compañías comprometedoras y litigios con sus compañeros ante el juez secular². Le prohibieron con la mayor severidad el uso de armas y el tomar parte en procesos que debían terminar con sentencia capital; ni siquiera le toleraron que asistiese a actos de ejecución capital o de tormento³. Hicieron de él un hombre aparte, viviendo en una soledad sagrada que no debía ser violada más que por los pobres y los peregrinos, únicos que podían llegar libremente a él. Por una conmovedora precaución se le había prohibido tener perros, para evitar que ahuyentasen a esta humilde clientela; la casa del sacerdote debía estar guardada por himnos y no por ladridos, por buenas obras y no por mordiscos⁴.

Se adoptaron las precauciones más minuciosas para estrechar los lazos que ligaban al clero con sus superiores jerárquicos; todo sacerdote estaba bajo la vigilancia continua de su obispo, no podía abandonar la diócesis sin su autorización y no se le recibía en ninguna parte si no iba provisto de una carta cerrada expedida por aquél⁵. Su misión era de tal naturaleza, que con frecuencia había de recurrir a su obispo para pedirle, ya una delegación complementaria, ya aclaraciones. Los días de gran fiesta debía acudir con sus parroquianos, o al menos con los más notables de entre ellos, a los oficios de la iglesia catedral. El obispo visitaba a menudo su diócesis, haciendo así real el nombre de inspector que al principio designó su sagrada función⁶. Otras veces convocaba asambleas de su clero en torno a su persona, y aquellos pequeños concilios diocesanos ejercían, en esfera más modesta, la misma acción que sobre la

¹ Conc. II, Tur., c. 10 (a. 567).

² Conc. Venet., c. 11 (a. 465); Agath., c. 32, 55, 59 (a. 506).

³ Conc. Autissiod., c. 33 (a. 578); II, Matic., c. 19 (a. 585).

⁴ Conc. II, Matic., c. 13 (a. 585).

⁵ Conc. Andeg., c. 1 (a. 453); Tur.,

c. 12 (a. 461); Venet., c. 5 (a. 465); Agath., c. 38 (a. 506); Epaon., c. 6 (a. 517); III, Aurel., c. 15 (a. 538); Rem., c. 12 (a. 630).

⁶ Conc. Suess., c. 4; Liptin., c. 5 (a. 745); *Vita S. Lambert.*, c. 7; *Epist. Leonis Senon ad Childeb. reg.*

nación entera tenían los grandes concilios provinciales. Así, desde la cima de la escala jerárquica hasta sus grados inferiores, la autoridad circulaba viva y fuerte y la enseñanza se distribuía, por órganos siempre activos, desde el santuario de Letrán hasta las más lejanas roturaciones de las Ardenas o de la Gran Bretaña.

Indudablemente, no todos los instrumentos de esta gran obra fueron igualmente dignos de su misión, y hasta en las filas más elevadas de la jerarquía la fragilidad de la naturaleza humana hizo que las prescripciones canónicas no diesen todos sus frutos. Siempre sucederá esto allá donde la ejecución de un plan ideal esté confiada a los hombres; mientras exista la sociedad humana, será esperanza vana la de ver reinar en ella el bien absoluto. Por tanto, en toda obra social hay que tener en cuenta los elementos rebeldes a la acción civilizadora, y aun en los cuerpos mejor constituidos hay que contar con que habrá miembros que se opongan al impulso dado por el alma. El clero franco y el anglosajón no pudieron esquivar esta regla fatal.

¿En qué proporciones se encuentran en ellos los elementos buenos y malos, y hasta qué punto se dejaron contagiar por la barbarie del ambiente en que vivían? Sería difícil decirlo exactamente, a causa de la carencia de datos precisos. Se sabe, sin embargo, que el clero superior, único alumbrado por la historiografía de aquel tiempo, nos presenta, en conjunto, una mayoría respetable de personajes dignos de veneración tanto por la exquisitez de su carácter como por la santidad de su vida; aunque hubiesen sido menos numerosos, entre ellos habríamos de buscar siempre el tipo de prelado católico de aquella época, pues toda institución ha de ser juzgada por el espíritu que la inspira y no por los abusos que la desfiguran. Así, los obispos prevaricadores que, como Cautino de Clermont, Salonio de Embrun, Sagitario de Gap, Prisco de Lyon o Badegiselo de Mans, mancharon con bárbaros vicios sus sedes episcopales, desaparecen a los ojos de la historia en la nada de su existencia vacía, mientras que multitud de prelados ilustres y santos, que fueron contemporáneos suyos, atraen todas las miradas por el brillo de sus virtudes y por la importancia de los servicios que prestaron al mundo. Noble y augusto areópago es el que forman los Germanos de París, los Cesáreos de Arlés, los Remigios de Reims, los Nicetos de Tréveris, los Sulpicios de Bourges, los Gregorios de Tours, los Avitos de Viena, los Nicecios de Lyon, los Desiderios de Cahors, los Leodegarios de Autun, los Eloyes de Noyon, los Odenos de Rouen, los Remacos de Tongres, los Arnulfos de Metz, los Cunibertos de Colonia, y tan-

tos otros que no dejaron extinguirse las tradiciones de los grandes obispos de los siglos iv y v. Si tales hombres hubieran sido menos numerosos en el episcopado franco, y no hubiesen encontrado un clero, en su mayoría digno de ellos, jamás hubieran civilizado la sociedad bárbara. Por todo ello, hay que reconocer el valor de aquel ejército que llevó a cabo conquista tan hermosa.

La empresa presentaba dificultades innumerables. Aunque, tomados en conjunto, los bárbaros no tuviesen ni los vicios refinados ni la incredulidad pseudosabia de los romanos de la decadencia, eran bien difíciles de educar. La brutalidad de sus temperamentos, la grosería de sus ánimos y la versatilidad extrema de sus caracteres parecían poner obstáculos considerables al trabajo del educador. Eran cristianos por el bautismo, pero permanecían paganos por la inteligencia y por el corazón. Fuera del germen vivo que la gracia del sacramento depositaba en sus almas, salían de la pila bautismal con los mismos vicios que llevaron a ella. Su endurecido cerebro, semejante a un suelo inculto, no parecía hecho para dar la flor delicada y perfumada de la pura fe cristiana; el dogma confiado a sus inteligencias languidecía allí en medio de una vegetación exuberante de creencias supersticiosas que amenazaban ahogarla.

Hubo que hacer esfuerzos ímprobos de roturación en medio de aquella maleza para permitir que la luz del Evangelio iluminase sus profundidades. El bárbaro no comprendía aquel espiritualismo esforzado para el cual las formas materiales no eran más que los velos transparentes de una idea sublime; tomaba al pie de la letra el lenguaje figurado con que la religión hablaba de su ignorancia, y en el diálogo secular que se entablaba entre él y el cristianismo se encuentra frecuentemente la huella de tales equivocaciones que humillan a nuestra naturaleza caída. La Iglesia hubo de cerciorarse muchas veces de que la imaginación de los bárbaros no veía en las magnificencias litúrgicas que tanto les seducían sino un espectáculo, mientras su espíritu permanecía cerrado a las saludables enseñanzas del simbolismo cristiano. "Es ésta la décima vez —decía un viejo normando— que me hago bautizar, y siempre me han dado un hermoso vestido blanco completamente nuevo: ¿por qué, pues, me dan ahora este sayo de boyero?"¹ Y se marchaba indignado.

Además, la conversión de gran número de bárbaros, sobre todo en la primera época, fué menos una ruptura total con las supersticiones primitivas, que una división entre éstas y la doctrina cristiana. Su entrada en la Iglesia no siempre tenía a sus ojos el mismo

¹ MONACH. SANGALL., II, 29.

alcance que a los del misionero; al declararse discípulos de Jesucristo, muchos no le daban más que un lugar en sus corazones, al lado o aun por encima de Thor o de Wodan, pero sin renunciar por entero a aquellas feroces divinidades; y cuando, ante los anatemas del clero, consintieron por fin en desterrarlas, no hicieron más que trasladar al culto del Dios verdadero las prácticas supersticiosas de la antigua idolatría. Todavía en el siglo VIII la vida religiosa de los francos se encontraba por entero bajo el encanto de los viejos mitos y del antiguo culto; atraídos por el horror misterioso de los bosquecillos sagrados, acudían en secreto, a menudo al salir del convite eucarístico, a ofrecer sacrificios o a celebrar fiestas entre los dólmenes, al pie de los árboles, a la orilla de las fuentes; cantaban allí sus himnos tradicionales, impregnados totalmente de la poesía ruda y sanguinaria del norte; se sentaban allí a banquetes donde se servía la carne de los caballos inmolidos a los dioses, y se volvían a deleitar en la atmósfera de un pasado que había conservado tantos encantos para almas medio salvajes.

Aun los que no llevaban tan lejos su infidelidad al Dios del Evangelio llenaban su vida con multitud de prácticas tomadas de los errores paganos; descansaban los jueves en honor a Thor, creían en días predestinados, hacían horóscopos, leían el porvenir en el vuelo de los pájaros, en el relincho de los caballos y en las llamas del hogar; consultaban a pitonisas y tenían encantamientos y otros medios mágicos para hacerse favorable la suerte; se cargaban de amuletos, hechizaban a sus enemigos, encendían fuegos sagrados en las épocas fijadas por la tradición, y se entregaban frenéticamente a las diversiones obscenas y brutales que habían heredado de su barbarie primitiva ¹.

El clero luchaba enérgicamente contra tales abusos, pero la guerra era larga y estaba llena de vicisitudes. Muchas veces, mientras estaba ocupado en perseguir al viejo enemigo en los usos de la vida doméstica o en las profundidades de la conciencia, se veía llamado atrás por la necesidad de defender contra su invasión la ciudadela misma del cristianismo, es decir, la Iglesia. Los nuevos conversos llevaban aun al culto que ofrecían al Dios verdadero las prácticas indecentes que habían aprendido al pie de los ídolos, y a menudo

¹ Conc., II, Aurel., c. 20 (a. 533); IV, c. 15-16 (a. 541); Tur., II, c. 17 y 22 (a. 567); Autissiod., (a. 578), todo; Rem., c. 14 (a. 630); y sobre todo el

Indiculus superstitionum a consecuencia del concilio de Leptina; S. BONIFAT., *Epist.*, 28.

las castas bóvedas del santuario, embalsamadas con el incienso y los cánticos, resonaban con los clamores delirantes de la orgía pagana ¹.

Hubo de pasar mucho tiempo antes que tales espíritus se penetrasen de la noción de un Dios único y omnipotente que había de ser adorado solo, en espíritu y en verdad; los misioneros, con dulzura paciente, no cesaban de insistir sobre aquella verdad fundamental, que era la base de toda la doctrina cristiana. Ecos de sus voces, llegados a nosotros desde distintos lugares por encima de aquellas muchedumbres frenéticas, nos permiten asistir en espíritu a la obra evangelizadora. "Todo lo que veis alrededor de vosotros—decía San Eloy a su auditorio— no son más que criaturas de Dios, que servirán para vuestro bien o para vuestro mal según el uso que hagáis de ellas. Sí, el cielo es elevado, la tierra es grande, el mar es inmenso y los astros son espléndidos; pero más elevado y bello es Aquél que lo ha creado todo. A Él es, hermanos míos, a quien debéis temer más que a todo, adorar en todo y amar por encima de todo; tened confianza en su misericordia y no desconfiéis nunca de su compasión" ².

Estas palabras, cayendo todos los días sobre las inteligencias bárbaras, como el agua que horada gota a gota la roca más dura, acababan por inculcar en ellas las verdades esenciales de la fe. En cuanto a las antiguas prácticas del mundo pagano, unas desaparecían por sí solas o caían bajo los esfuerzos del misionero, y otras, más tenaces y con raíces más profundas, se transformaban y hacían inofensivas. La Iglesia, acordándose de los consejos de San Gregorio Magno, no despojaba violentamente al espíritu bárbaro de todas sus ideas y costumbres; soportaba las que no se oponían esencialmente a su espíritu o a su doctrina, y hasta, en cierto modo, las bautizaba, después de haberles arrancado el aguijón pagano, por lo que no temía dejarles un lugar en la vida de los fieles. ¡Cuántas fuentes sagradas, objeto antes de cultos supersticiosos, fueron puestas bajo el patronato de un santo y continuaron atrayendo a las multitudes alrededor de sus aguas! ¡Cuántos árboles seculares, divinizados por la tradición, vieron que los homenajes que en otro tiempo se les dirigían iban ahora al Crucificado, cuya imagen había clavado el misionero en su tronco! ¡Cuántas peregrinaciones, danzas sagradas, fuegos nocturnos, refranes populares y narraciones tradicionales purificaron los

¹ Conc. Autissiod., c. 9; Cabill., c. 19 (a. 650).

² *Vita S. Elig.*, I, II, parte 2ª (Ghesquière); *Vita S. Gall.*, c. 6; ALCUIN., *Vi-*

ta S. Wilibrord., c. II; *Vita S. Bavonis*, c. 5; *Vita S. Lamberti*, c. 8 (Mabillon). Cfr. S. BONIFAT., *Epist.*, 22.